la edad de

ACUARIO II

El misterio de Ana Bolena

César Díez Serrano

éride ediciones

La edad de acuario
césar díez serrano

www.laedaddeacuario.com

La edad de acuario

césar díez serrano

II

El misterio de Ana Bolena

Cubierta y diseño editorial: Éride, Diseño Gráfico
Dirección editorial: Sylvia Martínez

Primera edición: octubre, 2013

La edad de acuario II: El misterio de Ana Bolena
© César Díez Serrano
© éride ediciones, 2013
Collado Bajo, 13
28053 Madrid

éride ediciones

ISBN libro impreso: 978-84-15883-70-8
ISBN libro digital: 978-84-16085-43-9
Diseño y preimpresión: Éride, Diseño Gráfico

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Este libro protege el entorno

La edad de acuario

césar díez serrano

II

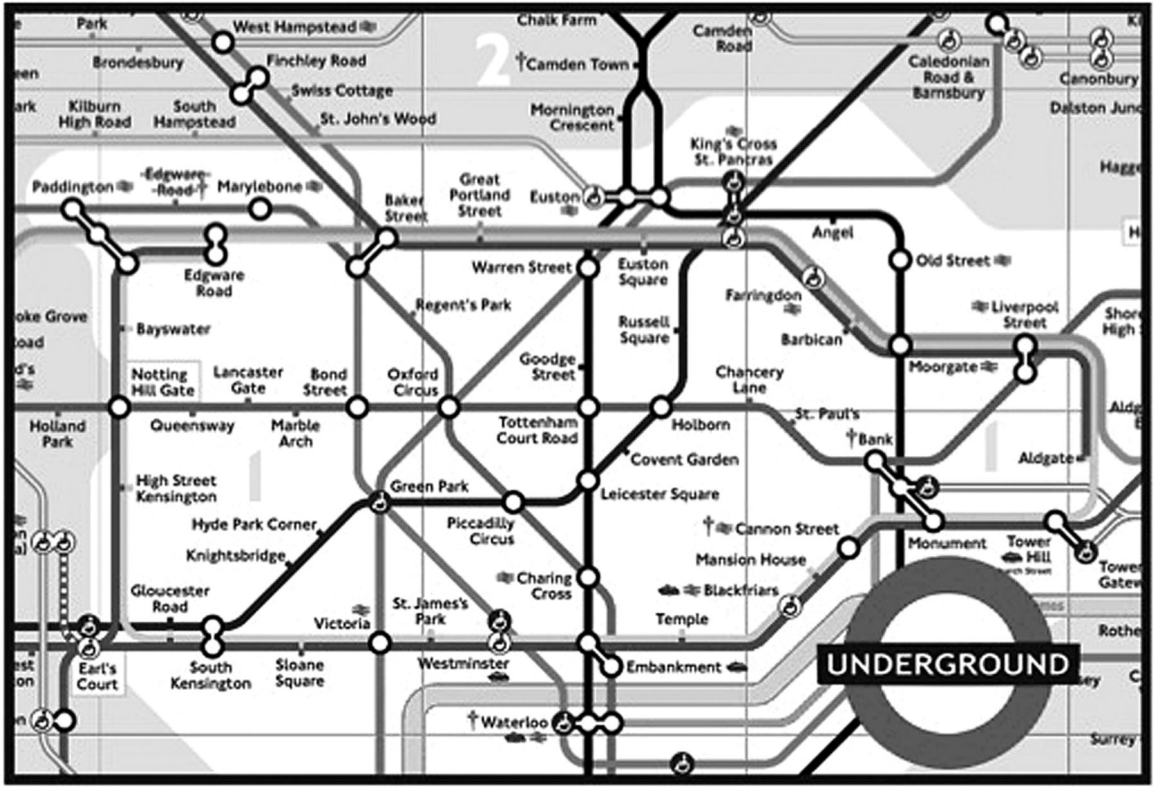
El misterio de Ana Bolena

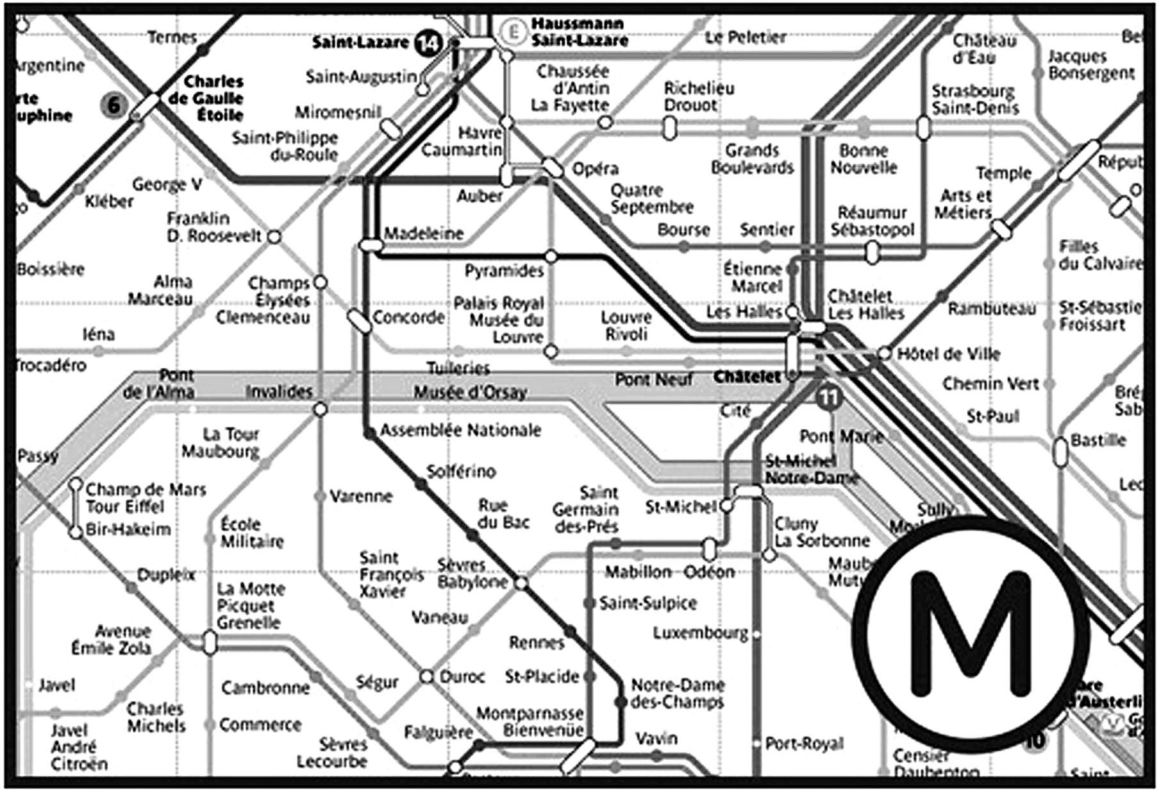
éride ediciones

En homenaje a mi tío José,
que en un tiempo en el que importa
más el dinero que las personas,
siempre tuvo una sonrisa para nosotros
y nos enseñó a luchar hasta el final.

«London calling, yes I was there too.
And after all this, won't give me a smile?».

The Clash


Park
West Hampstead
Chalk Farm
Camden Road
Brondesbury
Finchley Road
Camden Town
Caledonian Road & Barnsbury
Canonbury
Swiss Cottage
Kilburn High Road
South Hampstead
St. John's Wood
Mornington Crescent
King's Cross St. Pancras
Paddington
Edgware Road
Marylebone
Baker Street
Great Portland Street
Euston
Angel
Old Street
Edgware Road
Warren Street
Euston Square
Regent's Park
Farringdon
Liverpool Street
Bayswater
Russell Square
Barbican
Notting Hill Gate
Lancaster Gate
Bond Street
Oxford Circus
Goodge Street
Chancery Lane
Moorgate
Holland Park
Queensway
Marble Arch
Tottenham Court Road
Holborn
St. Paul's
Bank
Covent Garden
Aldgate
High Street Kensington
Green Park
Leicester Square
Hyde Park Corner
Piccadilly Circus
Cannon Street
Monument
Tower Hill
Knightsbridge
Mansion House
Charing Cross
Blackfriars
Gloucester Road
St. James's Park
Victoria
Temple
Earl's Court
South Kensington
Sloane Square
Westminster
Embankment
Waterloo
UNDERGROUND


Ternes
Saint-Lazare
14
Haussmann Saint-Lazare
Le Peletier
Château d'Eau
Jacques Bonsergent
Argentine
Charles de Gaulle Étoile
6
Saint-Augustin
Chaussée d'Antin La Fayette
Richelieu Drouot
Strasbourg Saint-Denis
Miromesnil
Saint-Philippe du-Roule
Havre Caumartin
Opéra
Grands Boulevards
Bonne Nouvelle
Temple
George V
Kléber
Auber
Quatre Septembre
Arts et Métiers
Franklin D. Roosevelt
Madeleine
Bourse
Sentier
Réaumur Sébastopol
Boissière
Pyramides
Étienne Marcel
Filles du Calvaire
Alma Marceau
Champs Élysées Clemenceau
Concorde
Palais Royal Musée du Louvre
Louvre Rivoli
Les Halles
Châtelet Les Halles
Rambuteau
St-Sébastien Froissart
Iéna
Trocadéro
Tuileries
Hôtel de Ville
Pont de l'Alma
Invalides
Musée d'Orsay
Pont Neuf
Châtelet
11
Chemin Vert
Cité
St-Paul
La Tour Maubourg
Assemblée Nationale
Pont Marie
Bastille
Passy
Solférino
St-Michel Notre-Dame
Champ de Mars Tour Eiffel
Varenne
Rue du Bac
Saint Germain des-Prés
St-Michel
Sully
Bir-Hakeim
École Militaire
Cluny La Sorbonne
Saint François Xavier
Sèvres Babylone
Mabillon
Odéon
Dupleix
La Motte Picquet Grenelle
Saint-Sulpice
Vaneau
Avenue Émile Zola
Rennes
Luxembourg
Javel
Cambronne
Ségur
Duroc
St-Placide
Notre-Dame des-Champs
Charles Michels
Commerce
Montparnasse Bienvenüe
Falguière
Vavin
Port-Royal
Javel André Citroën
Sèvres Lecourbe
M

Prólogo

—*Está usted viendo la BTV5, las noticias de las ocho, con Peter Fowler.*

—Buenas noches, Inglaterra. Ampliamos la información de los hechos sucedidos durante el funeral de las víctimas del atentado, en la Abadía de Westminster. Conectamos en directo con nuestra experta en criminología internacional, Chelsea Hart. ¿Sabemos algo más, Chelsea?

—Hola, Peter, y saludos a todos los telespectadores. En efecto, según los últimos datos facilitados por *Scotland Yard*, la persona que intentó acabar con la vida del escritor Darius Lampard no es otra que la directora del periódico londinense *Gloucester Post*, Keira Kingston. Al parecer, fue abatida por las fuerzas especiales que entraron en la National Gallery, debido a la negativa de la víctima a despojarse del arma con la que encañonaba al famoso novelista.

—Varios periódicos extranjeros han filtrado cinco fotografías del cadáver. ¿Ha habido alguna reacción al respecto?

—A esta hora de la noche apenas existen declaraciones oficiales. Las imágenes que ya han dado la vuelta al mundo revelan más de diez impactos de bala en la mujer, además de una herida en la cabeza, como consecuencia de la violenta caída sobre uno de los bancos de la sala del museo.

—¿Cómo se encuentra el Sir?

—Pues bien, el escritor, que tantas portadas ha acaparado en las últimas semanas, fue evacuado del recinto de Trafalgar Square en silla de ruedas. A continuación, una ambulancia le trasladó desde Orange Street al St. Bartholomew Hospital, donde está siendo atendido desde hace algunas horas.

—Desde luego, ha sido una sorpresa y más aún cuando todas las voces apuntaban a la figura del escritor como responsable del movimiento de Acuario.

—Sin ir más lejos, Peter, ayer mismo el citado *Gloucester Post* acusaba directamente a Lampard de estar detrás de las muertes. Sin embargo, fuentes cercanas a su persona apuntan a que no se tomarán acciones legales contra el periódico y sí contra la familia Kingston.

—Cambiando de tema, Chelsea, ¿cómo finalizaron los funerales de Estado?

—Obviamente, después de las tensas jornadas que está viviendo Londres, el nerviosismo se hizo dueño de los allí presentes. El protocolo de seguridad comenzó con la evacuación de Su Majestad la reina y el primer ministro. Los últimos rumores acerca de supuestas conspiraciones contra la Corona hicieron que las medidas de control de la zona se llevaran a su máxima expresión. Finalmente no hubo que lamentar ningún tipo de altercado ni incidente en los alrededores de la céntrica plaza.

—Para terminar, ¿se han de esperar nuevos movimientos de la secta en Leicester Square?

—Para ser sincera, hay bastante confusión en los seguidores de «El renacer de Acuario», ya que lo que hasta ahora parecía ser un nuevo movimiento espiritual, ha resultado ser un juego de ilusionismo a gran escala. Tendremos que estar atentos a los próximos movimientos de este polémico grupo, que parece haber perdido su estrella guía. Y esto es todo por ahora, Peter, estaremos a la espera de cualquier tipo de comunicado por parte del gobierno o la policía.

—Muchas gracias, Chelsea. Por cierto, ten cuidado con la nieve, que según las últimas informaciones, se avecina temporal.

—De hecho, las aceras de las zonas colindantes a Piccadilly Circus están totalmente cubiertas de blanco. Pero seguiremos informando.

—Muy bien, nos mantendremos pendientes de cualquier tipo de novedad que pueda producirse en Londres. Nosotros continuamos debatiendo lo sucedido y para ello contamos con dos afamados colaboradores: Jack Royal; buenas noches, Jack…

—Peter…

—Y el redactor jefe de *The London Sun*, Bradley Smicer.

—Encantado de estar aquí.

—La pregunta es clara, señor Bradley, ¿por qué nadie supo de los movimientos de Keira Kingston?

—Creo que estamos ante un perfil de criminal calculador. Tenía planeado absolutamente todo; además, se trata de una persona con amplios recursos económicos que le facilitaron enormemente llevar acabo todo su plan.

—Sin embargo, parece un error de bulto que la policía no estuviera al tanto. ¿No es así, Jack?

—No sabemos aún cuál es el móvil que llevó a la señorita Kingston a cometer semejantes atrocidades, pero está claro que se movieron demasiados hilos y nadie se dio cuenta. A quien le corresponda, le espera una gran labor de investigación.

—Todo el mundo a estas alturas se está preguntando lo siguiente: si la policía no sabía nada, ¿cómo es posible que llegaran a tiempo de salvar a Lampard?

—Permítanme que aborde esta cuestión.

—Adelante, Bradley.

—Según los informes que manejamos en *The London Sun*, el aviso de un sujeto desde el interior del museo fue lo que encendió la alarma.

—¿Se sabe de quién se trataba?

—De momento se desconoce su identidad.

—¿Se investigará al periódico a pesar de la no denuncia por parte de Sir Darius, Jack?

—Deberían; al menos es mi opinión. Está claro que si en algún lugar hay información directa sobre Keira Kingston, es ahí.

—Dese luego. Si os parece, vamos a hacer una pequeña pausa y continuamos con este tema, que solo acaba de empezar.

Londres, un año después

1. Marcos

—Bienvenido a Londres de nuevo, Mr. Guillem —una voz con marcado acento inglés me despierta de mi letargo en una silla metálica del aeropuerto de Luton. Mi mente se había acostumbrado al continuo murmullo de la megafonía y me encontraba perdido en mis pensamientos.

—Encantado de verle, señor Gellert —saludo a un hombre de mediana edad, quizá llegando a los cincuenta, no te lo podría asegurar. Viste gabardina oscura, paraguas y un frondoso bigote así, a lo José María Íñigo. Se detiene frente a mí, tendiéndome la mano.

—Acompáñeme por aquí —dice guiándome al exterior de la terminal, donde un *Englon TXN* negro, el mismo modelo que los taxis de la ciudad, nos espera—. Lamento el retraso, pero el tráfico a estas horas de la mañana en Londres es horrible.

—Sin problemas, me vino bien el tiempo para recuperar pulsaciones.

—¿Fue un vuelo complicado?

—Eh… No, pero ya sabe, estos aparatos… No me acabo de acostumbrar a ellos —¡malditas bestias aladas! Había prometido no volver a subirme a una, pero no queda otra. ¡Es el progreso humano!

—Entiendo…

Todo sigue igual, la lluvia baña los campos que inundan los alrededores de la carretera. ¡Vaya, cómo pasa el tiempo! Sin apenas darme cuenta, ya hace un año que sucedió todo. La vida cada día va más rápido y no parece que tenga intención de aminorar la marcha.

Y una vez más, la ciudad, la *city*, la capital del Imperio Británico o de la pérfida Albión, se hace hueco en el horizonte. A un lado, Wembley Stadium, y al otro, la silueta del 30 St. Mary Axe.

—Disculpe, ¿podría pasar por Westminster? —le solicito a Frank Gellert.

—*Yes, of course, Sir*. Está en nuestra ruta —contesta mientras el agua golpea intensamente la luna delantera del coche.

Tenía curiosidad por volver a ver la abadía, la última vez… en fin, qué te voy a contar. Y ahí está, oscurecida por la lluvia pero radiante como siempre, totalmente restaurada y con los turistas haciendo cola a su alrededor. No parece importar a nadie todo lo que pasó, el mundo sigue girando, sigue girando… Únicamente una pequeña cruz revela a los visitantes que justó allí, doscientas diecisiete personas perdieron la vida por los juegos de una desequilibrada. El vehículo se detiene junto a la puerta principal y yo bajo la ventanilla para poder contemplarla con mayor nitidez.

—Borraron las huellas, Inglaterra tenía que seguir adelante —me indica mi acompañante, antes de que yo siquiera diga algo.

—Qué siniestro resulta todo sabiendo lo que sucedió —reflexiono mientras el coche se pone en marcha de nuevo.

—Londres ha pasado por situaciones mucho peores, hijo: el gran incendio, la niebla asesina, la II Guerra Mundial… Y tristemente serán sustituidas por otras más terribles con el pasar de los años.

Echo un último vistazo. El Big Ben, o la torre Elizabeth, como la llaman ahora, custodia toda la extensión del Parlamento. Desde aquí, puedo percibir cómo se alza el monolito de Nelson en Trafalgar Square.

Qué sensación ésta de volver. Solo tengo que girar la vista para descubrir las cabinas rojas, los parques repletos de ardillas o las aguas del Támesis fluyendo de este a oeste.

Tras la abadía, Hyde Park, y a continuación, Cromwell Road, para alcanzar finalmente el *Gloucester Post*. Noto algo dentro de mí, mezcla de melancolía y añoranza, al contemplar cómo alrededor del coche de nuevo se abren todas estas calles cargadas de recuerdos.

—Adelante, ya conoce el sitio.

La puerta del blanco edificio victoriano se abre ante mí, una vez sobrepasado su porche. La lluvia no da tregua tampoco en el 17 de la calle Queens Gate Gardens, la sede del periódico. El barrio de Kensington sigue tan apacible como la última vez que lo visité.

—Voy a dejar todo esto lleno de agua —digo mientras noto cómo se comienza a formar un charco alrededor de mis zapatos.

—No se preocupe, estamos acostumbrados. Lewis, *please*.

—*Yes, Mr. Gellert?* —pregunta el joven recepcionista inglés, que se mantiene trabajando un año después.

—Ponga en conocimiento de los demás que el señor Guillem ya ha llegado —ordena en su idioma nativo—. Acompáñeme, se lo explicaremos todo en la sala de reuniones.

El edificio donde se encuentra el diario londinense me resulta familiar, aunque la verdad, lo noto algo cambiado. La luz oscura del día lluvioso seguro que varía algo la perspectiva, pero creo que han hecho algún tipo de reforma.

—Adelante, siéntese —me invita.

—*Hi, Franky* —dice un corpulento hombre que entra tras de mí. Es de esa clase de persona a la que tengo que mirar con el cuello hacia arriba. Lleva el pelo casi rapado y viste de manera informal, con una camiseta verde en la que se puede leer *«Caledonia»*.

La habitación presenta una mesa rectangular, custodiada por una decena de archivadores en las paredes y una pequeña cocina.

—Siéntate, Bruce, te presento al señor Guillem. Marcos, éste es Bruce Steward, algo brusco; pero se acostumbrará a él —puntualiza mientras le estrecho la mano.

Sí, es verdaderamente grande. Bueno, yo tampoco es que sea un gigante, pero este tío tiene pinta de poder tumbar a cualquiera. Habrá que llevarse bien con él… No me mires así, es supervivencia pura y dura.

—No tomes en serio a este viejo inglés, los escoceses somos lo mejor de esta maldita isla —replica.

—Y si no me equivoco, esos pasos que se escuchan por las escaleras son los de nuestra mejor reportera, Eileen O'Connor.

—Ya conoces hasta el sonido de mis tacones —dice una pelirroja treintañera, con toda la pinta de ser irlandesa. Tiene una tez tan blanca, que cualquiera diría que está sana, algo que contrasta con el granate de su cabello. No está mal la chica, además, creo que ella lo sabe perfectamente. Se contonea por la habitación, como una auténtica *celebrity*… Debería mirar hacia otro lado en vez de a sus caderas, más que nada por aquello de la discreción.

—Son unos cuantos años a tu lado. Toma, los documentos —matiza Frank mientras le da una carpeta repleta de folios.

—Gracias. Vaya, Bruce, te noto más delgado… más esbelto diría yo —comenta la chica al pasar tras el escocés.

—Estoy haciendo dieta, Eileen —responde dándose palmadas en su… en fin, nada desdeñable zona abdominal.

—Usted debe ser Mr. Guillem. Encantada de conocerle, yo soy Eileen O'Connor, local y nacional —me saluda abriéndose paso en la habitación.

—Encantado y gracias por hablar en español. Mi inglés, un año después, sigue siendo lamentable.

—Oh, no se preocupe, hospitalidad británica.

—Y por favor… habladme de tú… informal, ya sabéis.

—¿No os lo había dicho? Tanta cortesía… —comenta Bruce rascándose la cabeza.

—Está bien, está bien, sentémonos, no debemos hacer perder tiempo a Mr. Guillem… Perdón, a Marcos —dice Frank Gellert.

—Sí, Marcos está mejor —contesto.

—Bien —prosigue mientras toma asiento y abre una de las carpetas que traía consigo—. Creo que ya conoces el asunto que te trae aquí, ¿no es así?

—Únicamente lo que se me transmitió por teléfono.

—Para concretar, *Scotland Yard* lleva un año investigando el rastro de Acuario por todo Londres y, por supuesto, el *Gloucester Post* no iba a ser una excepción.

—Os ayudaré en todo lo que pueda —respondo firme, mientras intento recolocar mi pelo húmedo. Uno es un tío presumido.

—Estuvieron aquí a los pocos días del asesinato de Keira Kingston, lo revolvieron todo. Hicieron copias de discos duros, servidores, documentación…

—Aún hoy cuesta encontrar muchas cosas —apunta Eileen.

—No creo que alguien como ella dejara a la vista ciertas informaciones —afirmo.

Me cuesta imaginar que la persona que hizo volar parte de la Abadía de Westminster y fingir el suicidio de treinta personas no haya cuidado esos detalles.

—No consiguieron dar con lo que ocultaba —contesta Gellert.

—¿Eso quiere decir…?

—Sí, en efecto.

—Vaya… No es muy legal que digamos —aunque viniendo de este periódico, no me sorprende nada.

—No podemos poner en peligro la integridad del *Gloucester Post* —dice Bruce.

—Entiendo.

—Pero no, no es eso —interrumpe Frank Gellert.

—¿Entonces?

La lluvia sigue golpeando contra la ventana de la sala de reuniones. Eileen abre la carpeta que tiene en sus manos y obtiene una serie de fichas numeradas.

—El expediente *Bolcorp* —dice finalmente.

—¿Qué es esto? —pregunto mientras las miro desde las distancia.

—Gloria Valladares —anuncia mientras lanza sobre la mesa la hoja con una foto sujeta con un clip—, Anki Veeldvoorde, Brittany Carson, Emily Stech y Jody Williams.

—Cinco mujeres.

—Exacto, cinco mujeres y cinco asesinatos —explica Gellert.

—¿Muertas? —pregunto.

—Todas perdieron la vida hace justo cinco años.

—Con todo el respeto hacia sus familias, tampoco me parece nada que no pase a menudo en el mundo.

—Toda la razón, señor Marcos.

—Solo Marcos, por favor —replico.

—Sí, perdón, la costumbre británica. Como decía, no te falta un ápice de verdad y no sería nada preocupante, de no ser por el hecho de que en cada una de estas fichas aparece una descripción perfecta de cada uno de los asesinatos y las fechas en las que se iban a realizar… y finalmente se realizaron.

—Podría estar escrita posteriormente.

—Hay varias marcas que nos hacen pensar lo contrario —puntualiza Eileen—. La primera es el rastro digital de cada una de las fotografías, que indica que fueron tomadas casi dos años antes de los hechos. La segunda es el sello antiguo del *Gloucester Post*, que fue renovado cuatro meses antes de los asesinatos, y todo el material antiguo es reciclado. Pero la más obvia es la prueba que efectuamos sobre el desgaste de la tinta en el laboratorio… No cabe duda, es un documento anterior.

—Y… ¿qué hacían las fichas en los archivos de Keira?

—Venía firmado por ella de su puño y letra.

—Bastante indicativo, sí.

—Por eso decidimos llamaros.

—¿Perdón? ¿Llamarnos? —no sé si ha sido un lapsus de su castellano o…

—Sí, lamentamos profundamente que tu compañera no haya podido acudir a la cita.

—¿Mi compañera?

—Si... ¿No estuviste con Carla García durante el asunto de Darius Lampard? —pregunta Gellert.

—Claro, sí… Carla, por supuesto.

Cómo olvidarla… La señorita que me apartó literalmente de la fama y el prestigio por sacar a la luz aquel caso. Ella se hizo un hueco en el mundo del éxito madrileño y yo continué vagabundeando con mis fotografías y mis mierdas.

¡Y yo que pensaba que era el único afortunado al que habían hecho llamar! ¡Iluso de mí!

—Necesitábamos vuestra ayuda.

—No entiendo nada.

—Bueno, estuvisteis junto a Keira en sus últimos días —comenta Eileen.

—Pero… ¿y vosotros? ¿No se supone que erais sus compañeros de trabajo?

—Sí, lo suficientemente estúpidos para no darnos cuenta de todo lo que guardaba —contesta Bruce.

—¿Y por eso me llamasteis?

—Eso es.

—A mí, a un fotógrafo de otro país.

—Exacto.

—Pues no entiendo nada —digo confuso mientras me recuesto sobre el respaldo.

—Tranquilo, tenemos todo el día para explicártelo —sentencia Frank.

2. Chelsea

¿Quién es Chelsea Hart? Es una buena pregunta, de hecho me la hago cada mañana. He llegado a la conclusión de que es la persona que se metió en mi cuerpo cuando acabaron los buenos tiempos y que lo guarda hasta que vuelvan.

¿Y cómo es esa sustituta? Es la reportera experta en criminología y antigüedades que desde hace tiempo ejerce en un canal de televisión británico, el *BTV5*.

—Excelente noticia la de ayer —me dice el egocéntrico presentador, Peter Fowler.

—Eres un gilipollas, piérdete.

—¿Te enfadas?

—Métete en tus asuntos, no me salpiques con tu polvo de estrella.

—Esta noche tengo una limusina y una suite con jacuzzi en el Savoy. ¿Qué me dices?

—Que las putas del Soho tienen que estar aburridas de ti —contesto.

Maldito capullo, se cree que por tener dinero puede dominar el mundo y a sus habitantes. ¿Qué les pasa a los nuevos ricos?

Me lavo las manos en el baño y vuelvo de nuevo a mi puesto de trabajo. Quien piense que con media hora se puede comer en Londres, o es muy optimista o nunca lo ha hecho. Pero por supuesto, quienes deciden la duración del almuerzo no suelen tener el problema de sufrirlo.

—Chelsea, tenemos que avanzar en el caso cuanto antes.

—Lo sé, Katie, estoy trabajando en ello —contesto a mi superiora, la coordinadora de equipos, Katie O'Hara.

—Llevamos un año invirtiendo dinero en viajes, documentos y pruebas, pero no tenemos nada claro de Lampard, Keira Kingston y los atentados.

—Estoy a punto de llegar a algo, solo necesito…

—Podrías dedicarte a otro asunto, hay muchas noticias en el mundo.

—Ésa no es una opción, arruinaría el trabajo de todo un año. Únicamente necesito acercarme un poco más.

—Sé hasta dónde puedes llegar, pero entiéndeme tú a mí, el dinero no crece en los árboles y cada vez me es más complicado convencer a los directivos de apostar económicamente por algo que no ha generado novedades en meses.

—Pero hay algo más, estoy convencida, faltan piezas, el puzle no está completo. ¿Murió el chico que estrelló el camión en la abadía? ¿Dónde está? Y si lo hizo, ¿cómo es posible que alguien se entregara a esa causa?

—Está claro que falta mucha información de todo el asunto, pero de eso se encargarán *Scotland Yard* y la justicia.

—Un mes más, Katie, solo te pido un mes más.

Permanece pensativa y se apoya con las dos manos sobre mi mesa de trabajo.

—Uno más y después se acabó.

—¡Gracias, gracias! —exclamo—. No te decepcionaré, será un éxito de todos.

—Eso espero, Chelsea —dice mientras se marcha.

Vuelvo a mi ordenador, que está repleto de archivos referentes al ya conocido como caso de «La edad de Acuario». Reseñas en periódicos, portadas, links de Internet, declaraciones de los testigos, cronologías, fotos, vídeos… Sin embargo, no hay nada claro.

Un escritor que consigue enganchar a los más ingenuos de Gran Bretaña con una bazofia de libro. Una periodista que mueve cielo y tierra para trazar una venganza contra el hombre que destrozó su corazón. Un suicidio colectivo en Londres. Un atentado contra el centro de la ciudad. Un asesinato en un museo. Un lío enorme…

No hay nada con sentido, faltan argumentos que hilen todo el engranaje. Es como si en todo momento, varias personas estuvieran al corriente de la situación. Si en el *Gloucester Post* no sabían

nada, ¿cómo es posible que fueran casi siempre los primeros en publicar las noticias? Estoy seguro de que ocultan cosas.

Ya sé que la policía ha peinado de arriba abajo su sede en varias ocasiones, no hace falta que me lo digas, pero falta algo y ellos lo tienen.

Lo que es seguro es que en la escena de la muerte de Keira Kingston había alguien más. ¿Cómo si no se llegó a alertar? De haber estado los dos solos, hoy los periódicos solo hablarían de la gran vida que tuvo Darius Lampard y seguiríamos temerosos de nuevos atentados.

Pero lo cierto es que alguien avisó a la policía, éstos acudieron a su llamada y lo que es más preocupante, se ha ocultado a la sociedad. No estamos hablando de uno que pasaba por ahí, sino de una persona que se adentró en el museo, que estaba teóricamente cerrado, siguió los pasos de los dos sujetos y presenció la escena.

Lo sé, podría ser cualquiera. Desde un investigador, a un trabajador de la National Gallery, pero me parece demasiada coincidencia que alguien trabajara ese día y paseara precisamente por esa área. Está claro que Keira era una persona calculadora hasta el extremo, debió preocuparse muy mucho de que dentro no hubiera nadie.

Pero aún hay más. ¿Cómo consiguió Kingston entrar allí y que Lampard la siguiera? El museo debía estar cerrado al público ese día.

Tengo en mi cabeza mil trazas de toda esta historia, pero parece que a estas alturas a nadie le importa ya nada. ¡Necesito un té!

—¿Y si te invito a cenar? A eso no me puedes decir que no —vuelve a insistir Peter.

—¿Y si te bebes un litro de ácido sulfúrico?

—Antes te gustaba —contesta insinuante.

—Eso pasó una vez y aún me sigo lavando con desinfectante cada semana por haber cometido semejante error.

—Sé que te encantó.

—De verdad, Peter, ¿por qué no gastas tu dinero en algo útil y te vas de vacaciones a Afganistán, por ejemplo?

—Serías tan feliz conmigo…

—Parecerías tan simpático con una mordaza en la boca…

—Venga, solo una noche.